

Francisco Vío Grossi

**Orlando Fals Borda, Budd L. Hall, Francisco Vío Grossi,
Ernesto Cohen, Guy Le Boterf, Emma Rubín
Jacques Pierre, Frantz Grandoit, Antón de Schutter,
Ton de Wit, Vera Gianotten.**

INVESTIGACION PARTICIPATIVA Y PRAXIS RURAL

nuevos conceptos en educación
y desarrollo comunal

Editado por
Francisco Vío Grossi, Vera Gianotten y Ton de Wit



mosca azul editores

LA CIENCIA Y EL PUEBLO

Orlando Fals Borda

Uno de los factores más agudos de la crisis social contemporánea es el resquebrajamiento del aparato científico, no tanto por sus efectos, que son aterradores, cuanto en su justificación ideológica y moral. Conviene reflexionar sobre este problema por las graves implicaciones que tiene en todos los órdenes, y por sus consecuencias en el futuro de sociedades y naciones. Conviene también examinar las posibles salidas constructivas que permitan sortear los peligros y trampas que nos depara ese futuro problemático.

Entre las habilidades constructivas con que aún se cuenta se halla la de revalorar lo que se ha identificado como "ciencia popular" o "ciencia del pueblo", desde comienzos del presente siglo. Aquí advertimos una línea de estudio y acción que puede hacer aflorar conocimientos subyacentes y articular una voz respetable que ha sido reprimida en aras de la ciencia instrumental, cuyos avances hoy nos aturden e hipnotizan. Una voz y un conocimiento seculares que, en su aparente simplicidad, puedan ofrecernos algunas de las respuestas vivenciales que más necesitamos.

Comencemos por sentar bases generales sobre las cuales podamos construir alguna argumentación coherente sobre tan importante asunto como es el de la ciencia popular.

Concepto de ciencia

En primer lugar, no hagamos de la ciencia un fetiche, como si ésta tuviera entidad y vida propias capaces de gobernar el universo y determinar la forma y contexto de nuestra sociedad presente y futura. Recordemos que la ciencia lejos de ser aquel monstruoso agente de ciencia ficción, no es sino un producto cultural del intelecto humano, producto que responde a necesidades colectivas concretas—incluyendo las consideradas artísticas sobrenaturales y extracientíficas y también a objetivos determinados por clases sociales que aparecen dominantes en ciertos periodos históricos. Se construye la ciencia mediante la aplicación de reglas, métodos y técnicas que obedecen a un tipo de racionalidad convencionalmente aceptada por una comunidad minoritaria constituida por personas humanas llamadas científicos que, por ser humanas, quedan precisamente sujetas a las motivaciones, intereses, creencias y supersticiones, emociones e interpretaciones de su desarrollo social específico.

Por lo mismo, no puede haber ningún valor absoluto en el conocimiento científico, ya que su valor variará según los intereses objetivos de las clases envueltas en la formación y acumulación del conocimiento, esto es, en su producción. Para nuestros fines del momento nos interesará examinar este proceso de producción del conocimiento científico—incluido el tecnológico y cultural—mucho más que el producto final mismo representado en objetos, artefactos, leyes, principios, fórmulas, tesis, paradigmas o demostraciones. Estos productos son los que aparecen como absolutos en textos y tratados, sin que necesariamente lo sean.

Niveles de producción del conocimiento: dominante y emergente

En segundo lugar, si lo que más nos interesa es el proceso de producción del conocimiento, cabe preguntarnos sobre los niveles de formación y comunicación en que cristaliza este conocimiento para tener consecuencias prácticas en la conducta colectiva y en el acontecer cotidiano. Uno de tales niveles es el de la comunidad de científicos occidentales especializados que hoy pretende monopolizar lo que es la ciencia y dictaminar sobre lo que es o no es científico. Este nivel tiene claras consecuencias en el mantenimiento del *statu quo* político y económico que se revuelve alrededor del sistema capitalista e industrial dominante. En estas condiciones, la producción del conocimiento a este nivel se dirige obviamente a mantener y fortalecer este sistema.

Para ello, los científicos del sistema prefieren manejar objetos, datos y hechos congruentes con las finalidades del sistema capitalista, y relegan, reprimen, o suprimen otros que, de destacarse o inventarse, revelarían alternativas contradictorias, inconsistencias y debilidades inherentes al sistema. A priori, estos datos y objetos incongruentes del sistema poseen como los otros su propia estructura cognoscitiva, y pueden tener su propio lenguaje y su propia sintaxis de expresión. Pero como responden a otros intereses, desembocan en un nivel diferente de formación y comunicación que aquí vamos a identificar como el de la “ciencia o cultura emergente” o “subversiva”.

A posteriori, ello no significa que este nivel reprimido o emergente sea anticientífico ni que vaya en contra del proceso de acumulación general del conocimiento científico, tecnológico y artístico que ha sido una constante desde la aparición de los humanoides. Sin embargo, reconoce una antigua y respetable dimensión del quehacer científico y cultural que ha sido y va por fuera de canales institucionales, formales, gubernamentales y académicos. Y que, por el contrario, ha sido factor positivo de animación, creación e innovación aun en las propias instituciones establecidas que han sido retadas (Nowotny y Rose, 1979).

Concepto de ciencia popular

En este nivel de la ciencia emergente o subversiva o de cultura reprimida y silenciosa puede incluirse la llamada ciencia popular cuando pretendemos dinamizarla políticamente y, en consecuencia, incorporarla a la corriente científica general para que deje oír su voz. Por ciencia popular o folklore, saber, o sabiduría, popular, entendemos el conocimiento empírico práctico de sentido común, que ha sido procesión cultural e ideológica ancestral de las gentes de las bases sociales, aquél que les ha permitido crear, trabajar e interpretar predominantemente con los recursos directos que la naturaleza ofrece al hombre.

Este saber popular no está codificado a la usanza dominante, y por eso se desprecia y relega como si no tuviera el derecho de articularse y expresarse en sus propios términos. Pero el saber popular o folklórico tiene también su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, es decir, puede demostrarse que tiene mérito y validez científica en sí mismo. Queda naturalmente por fuera del edificio científico formal que ha construido la minoría intelectual del sistema dominante, porque rompe sus reglas, de allí el potencial subversivo que tiene. Así, por ejemplo, el conocimiento de un curandero campesino es inadmisibles para un médico doctor. Y no es admisible porque ignora y sobrepasa, en este caso, los esquemas institucionales del médico de consultorio cuyas fórmulas abstractas juegan como fichas en un gran dominó explotador, por el cual se busca ante todo acumular un capital y usufructuar del lucro de la profesión.

Ciencia e interés de clase

Sería preferible no usar adjetivos cuando hablemos de ciencia o de cultura, si queremos verla como un único proceso formativo de conocimientos válidos que tienen consecuencias en la conducta colectiva y en el acontecer cotidiano. Como lo sugerí antes, la ciencia es un proceso totalizador y constante que se mueve en varios niveles y que se expresa a través de personas y grupos pertenecientes a diversas clases sociales. Puede por lo mismo, sumar y restar datos y objetos, enfatizar ciertos aspectos y oscurecer otros, acordar mayor

importancia a determinados factores, en fin, construir y destruir paradigmas de conocimientos comprobables.

Por eso, estrictamente hablando, no puede haber "ciencia popular" como tampoco "ciencia burguesa" o "ciencia proletaria". Ocurre que, en determinadas coyunturas históricas, diversas constelaciones de conocimientos, datos, hechos y factores se articulan según los intereses de las clases sociales que entran en pugna por el dominio social, político y económico (Kuhn, 1970: 23, 181-187). Así, existe un aparato científico construido para defender los intereses de la burguesía y este aparato es el que domina hoy a nivel local y general en las naciones llamadas occidentales, el que condiciona, limita o reprime el crecimiento de otras construcciones científicas; por ejemplo, las que responden a intereses de clases proletarias, o las de otros grupos populares a quienes se les ha aplicado la ley del silencio.

El devenir histórico lleva a un cambio en esta relación de subordinación de clases, sin que necesariamente esta revolución lleve a descartar todos los conocimientos que han hecho posible la dominación burguesa, como antes la feudal. No podemos caer en el error del genetista Lysenko. Al contrario, puede anticiparse que muchos de los elementos tecnológicos descubiertos por los científicos burgueses servirán para beneficiar a las clases proletarias y afianzar el poder de éstas, una vez que lo ganen por la acción política. No es imprescindible destruir todo lo anterior para reconstruir según nuevos o revolucionarios esquemas científicos. (Así lo indica el mismo Lenin en uno de sus ensayos: *Tareas de la asociación juvenil*).

Ciencia y poder político

Evidentemente, esta amplia interpretación de lo que es la ciencia lleva a reconocer en ella una dimensión ideológica y política importante. Paradójicamente, el triunfo actual de la ciencia al imponerse casi como un fetiche de ficción ha llevado a que se le caiga tanto la careta de la neutralidad valorativa con que deambulaba, especialmente en las universidades, como la peluca de objetividad con que quiso impresionar al gran público.

La ciencia no pudo escaparse por esos recovecos de la epistemología, sino que quedó engarzada en los avatares de la política corriente. El concepto de verdad ya no parece fijo ni terminado, sino que se da desde una posición de poder que formaliza o justifica el conocimiento aceptable. Y esta aceptación va condicionada a visiones concretas de la sociedad política y su desarrollo. Por eso, ser científico hoy es estar comprometido con algo que afecta al futuro de la humanidad. Así, la sustancia de la ciencia resulta ser cualitativa y cultural; no es la sola medición estadística, sino la comprensión de las realidades.

Si el proceso de producción del conocimiento va ligado, como hemos dicho, a una base social, es necesario descubrir esta base para entender los vínculos que existen entre el desarrollo del pensamiento científico, el contexto cultural y la estructura del poder de la sociedad. Hoy no existe la urgencia mítica de hacer ciencia pura o exacta encerrado en un laboratorio lleno de pipetas y cubetas, sino que el científico alerta y verdadero se pregunta: ¿Cuál es el tipo de conocimiento que queremos y necesitamos? ¿Para quién es el conocimiento científico y a quién va a beneficiar?

Por lo tanto, este es el momento de examinar fríamente e impulsar la ciencia emergente y reprimida y la cultura subversiva, y trabajar por un reordenamiento del quehacer científico que sea útil y conveniente. Para ello es inevitable tomar en cuenta las necesidades de las grandes mayorías víctimas del avance que ha traído el progreso desequilibrado de la misma ciencia.

A las urgencias del pueblo que trabaja y produce, el que padece los efectos de la explotación capitalista, se le da hoy, a regañadientes, gran atención por la amenaza que presentan al sistema dominante. Hay pues que acercarse a las bases no sólo para entender por dentro la versión de su propia ciencia práctica y reprimida expresión cultural, sino para buscar formas de incorporarla a necesidades colectivas más generales, sin hacer que pierda su identidad y sabor específico. A este problema, y aparente dilema, me referiré en las páginas que siguen.

Acercarse a las bases populares ha sido uno de los propósitos de la izquierda política y de sus grupos competidores en todas partes. Con ello se ha buscado fundamentar una acción consecuente con fines revolucionarios o conservadores. Pero no siempre se ha actuado con sabiduría y prudencia en esta búsqueda. Conviene tomar en cuenta algunas de las experiencias habidas al respecto, pues de allí pueden derivarse formas adecuadas de incorporación del conocimiento del pueblo a la corriente científica y cultural general con efectos radicales y viceversa.

Aportes del saber popular

Si aceptamos la premisa de que la ciencia del pueblo común o folklore —es decir, el conocimiento práctico, vital, empírico que le ha permitido sobrevivir, interpretar, crear, producir y trabajar por siglos con medios directos naturales— tiene su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, conviene empezar por tratar de entender aquella racionalidad y esta estructura en lo que tienen de propio o específico. Gramsci señaló una ruta cuando sostuvo que en las clases trabajadoras existe una “filosofía espontánea” contenida en el lenguaje (como conjunto de conocimientos y conceptos), en el sentido común y en el sistema de creencias que, aunque incoherente y disperso a nivel general, tiene valor para articular la práctica diaria (Gramsci, 1978: 69-70).

En efecto, no sobra recordar lo mucho que este saber y cultura popular han hecho por la civilización, lo cual va desde productos agrícolas indígenas hasta prácticas empíricas de salud y ricos aportes artísticos. No es infrecuente encontrar personas cultas que se apropian del saber popular o de sus técnicas y artes y los transforman haciéndolos aparecer como nuevos descubrimientos y modas: es el caso de artículos como la “ruana” en la caballería española, bailes como la cumbia en los salones, el primitivismo en pintura, la narrativa costumbrista. Muchos inventos mecánicos importantes se diseña-

ron con base en la experiencia rústica, como ocurrió con los de Franklin, McComarck, Le Tourneau y los hermanos Wright. Las interpretaciones newtonianas de Kant en su *Crítica de la razón pura* llevaban el signo de una racionalidad que no era otra cosa que el sentido común de su época; y Galileo plasmó en su *De motu* una teoría del ímpetu que era la expresión técnica de la opinión común sobre el movimiento que venía desde el siglo XV (Mills, 1969: 111; Feyerabend, 1974: 63, 189).

Dramaturgos como Shakespeare eran de estirpe netamente popular, así como lo fueron sus tragedias; y los clásicos filmes de Cantinflas y de Chaplin o la música de los Beatles no se habrían producido si no hubieran tenido sus raíces en el mundo de la gente del común. Foucault encuentra en esta dimensión popular elementos suficientes para la "historia viva" que postula en su arqueología del saber (Foucault, 1970: 22-23). Por otra parte, Lévi-Strauss se le acerca, aunque con prejuicios, al referirse al "pensamiento salvaje"; y muchos antropólogos llegan a admitir que "no hay mejores colectores de datos que los propios nativos" y que el papel de los científicos debería reducirse a anotarlos y editarlos (Radín, 1933: 70-71).

Además, la interpretación campesina y obrera de la historia y la sociedad, "como ésta sale de la propia entraña del pueblo trabajador, del recuerdo de sus ancianos informantes, de su tradición oral, y de sus propios baúles-archivos" es una interpretación válida que corrige la versión deformada que corre en muchos textos académicos, y que puede "recuperarse críticamente" (Fals Borda, 1978: 235).

De esta manera puede verse cómo se articula el saber popular, cómo se expresa a la primera escarbada investigativa, y cómo se defiende de los ataques externos a su clase y de otras influencias desorientadoras. De allí el respeto con que el observador y el activista deben acercarse a la cultura del pueblo y a la "filosofía espontánea" de que hablará Gramsci. Pero desafortunadamente no ha sido siempre así.

Metodología 1: Autenticidad y compromiso

Una primera falta de respeto a esa cultura y filosofía es el simplemente aparentarlo. Fue lo ocurrido en los últimos años de la

década de 1960 y comienzos de 1970 en América Latina, cuando huestes de fervorosos activistas intelectuales desertaron de la universidad para adentrarse al pueblo y beber de sus fuentes mimetizándose en él. La intención era honesta: pero resultó equivocada. El diploma que se buscaba entonces era presentar manos encallecidas y la piel tostada al sol, como pruebas de que el intelectual había aprendido la lección de que "el pueblo nunca se equivoca", una de las falacias más socorridas por revolucionarios desorientados. Pero el pueblo no se equivocó esta vez al desautorizarlos repetidamente por su falta de autenticidad, hasta cuando los intelectuales se convencieron de que eran víctimas de un objetivismo extremo que sólo podía corresponder a la intelectualidad pequeño-burguesa (Mandel, 1972: 51-61).

La lección se aprendió parcialmente: en efecto, en las luchas populares hay campo para los intelectuales, para los técnicos y para los científicos como tales, sin necesidad de que se camuflen como campesinos u obreros natos. Sólo que deben demostrar honestamente el compromiso que les anima, en el aporte concreto de su disciplina para los fines que los movimientos populares buscan. Es el complejo metodológico que reconoce las vinculaciones mutuas de la teoría y la práctica social con fines de producir cambios radicales no sólo en la sociedad sino en la ciencia, que ha sido bautizado como "investigación-acción", pero que tiene un historial más largo (Simposio Internacional de Cartagena, 1978).

Metodología 2: Antidogmatismo

Aun así, esta importante apertura política y científica ha sido malograda a veces por los mismos intelectuales comprometidos en la investigación, cuando éstos han pretendido aplicar con excesiva rigidez los principios ideológicos de la organización política. Por lo menos en Colombia la situación se complicó cuando por los mismos cuadros activistas se impartió la consigna de buscar y construir en el terreno una "ciencia proletaria" que neutralizara la "burguesa" a la que se imputaba, correctamente, mucho de la alienación reinante.

Quienes intervenimos en estas experiencias y búsquedas ideológicas nos habíamos propuesto metas aceptables: queríamos "reducir

la distancia entre el trabajo manual y el trabajo intelectual para que los obreros, campesinos e indígenas no siguieran subyugados espiritualmente a los intelectuales; [...] estimular sus cuadros más avanzados para que asumieran algunas tareas investigativas y analíticas; [...] y crear grupos de referencia constituidos por campesinos, obreros e indígenas” (Fals Borda, 1978: 28).

Al iniciar los trabajos de investigación-acción en 1972 en Colombia nos propusimos conscientemente combatir el dogmatismo y seguir el consejo de Marx de ayudar a construir una ciencia social como “producto del movimiento histórico, como una ciencia que llega a ser revolucionaria al dejar de ser doctrinaria” (Marx, 1971: 109). Por eso advertimos contra los “calcos de teorías tal como se formulan en otras latitudes y países”, y contra “el colonialismo intelectual de izquierda que ha castrado a tantos grupos revolucionarios y universitarios, porque el método de investigación-acción procura afianzarse en las realidades concretas de cada región y nutrirse de ellas” (Fundación Rosca, 1972: 72).

Al adelantar los trabajos de campo y ampliar los contactos políticos con las bases, adoptamos el materialismo histórico como guía única para “configurar la ciencia proletaria” que se opusiera a la burguesa, en vista del triunfo del marxismo como ideología y ciencia en las revoluciones cubana, china, soviética y vietnamita. Esto nos parecía demostración suficiente de idoneidad. Pero al buscar expresiones concretas del conocimiento proletario que debería residir entre los proletarios objetivos con quienes trabajábamos, no las encontramos fácilmente. Tampoco encontramos confirmaciones inmediatas de varias tesis marxistas, debido a fallas de aplicación metodológica. Por el contrario, aparte de la interpretación histórica propia campesina a la que hice referencia atrás, y a la cual denominamos “recuperación crítica”, “la voz de las bases tuvo acentos muy tradicionales que reflejaban el peso de la alienación a que los tenía sujetos el sistema capitalista [...] hasta los cuadros avanzados muchas veces demostraron no tener conciencia clara de su acción en la historia, mucho menos capacidad para articular una interpretación científica de su propia realidad” (Fals Borda, 1978: 235).

Impacientes con esta situación, los investigadores activos y nuestros aliados políticos, siguiendo la teoría leninista del cuadro revolucionario, empezamos a inyectar nuestra propia definición de ciencia proletaria en el contexto de la realidad y en los grupos de base. Era como buscar un fantasma: a falta de uno, sentimos la necesidad de crearlo. Y el resultado fue una “ciencia para el pueblo”, no una genuina ciencia del pueblo. Aquella se impuso por cuadros dogmáticos en los que no aplicamos realmente el materialismo histórico, ni fuimos leales al pensamiento marxista clásico ni a la metodología seria de investigación, sino que, por la vía rápida y perezosa de la imitación adoptamos “categorías mediadoras específicas” tomadas de contextos extraños. Así, la búsqueda de una “ciencia del proletariado” quedó inconclusa y sin respuesta en el caso colombiano descrito, en espera de que maduraran tanto los cuadros populares como los intelectuales mismos. Puede ser un proceso bien largo.

Metodología 3: Devolución sistemática

El problema gramsciano de cómo convertir el sentido común popular en “buen sentido” tuvo, en cambio, un desarrollo más positivo durante aquella misma experiencia. Partimos de la base de que la cultura campesina —la tradición— no es tan conservadora como se ha pretendido sino realísimamente dinámica, pues aunque incluye elementos contrarios provenientes de las clases dominantes urbanas, responde a necesidades específicas impuestas por el medio rural y el sistema político-económico. De allí proviene en parte la alienación que ha llevado al campesinado con frecuencia a actitudes pasivas o resistentes al cambio, y a imitar valores sociales que provienen de clases terratenientes o urbanas.

Hay, pues, en la tradición y cultura campesinas elementos positivos y negativos hacia el cambio social que abren posibilidades para transformaciones revolucionarias en el conocimiento y en la acción. Esto es obvio: no en otra forma se explicarían tantas revueltas campesinas como han ocurrido en la historia universal. En el caso colombiano era fácil determinar algunas de las fuentes y canales de la alienación que impedían una acción consecuente campesina, aquella proveniente de la difusión de valores burgueses. Se podía, por

lo tanto, equilibrar el peso de estos valores alienantes mediante una devolución enriquecida del mismo conocimiento campesino, especialmente de su historia, que fuera llevando a nuevos niveles de conciencia política en los grupos. Así se iría transformando el sentido común de éstos para hacerlos más receptivos al cambio radical de la sociedad, y a la acción necesaria así como para hacer oír, a nivel general, la voz de las bases populares antes silenciosa o reprimida.

Esta devolución no podía darse de cualquier manera: debía ser sistemática y ordenada aunque sin arrogancia intelectual, en lo que tratamos de seguir el conocido principio maoísta "de las masas a las masas" (Mao Tse-Tung, 1968, III: 119). Por eso llamamos "devolución sistemática" a esta técnica de desalienación y de formación de nuevos conocimientos a nivel popular.

1. *Diferencial de comunicación.* Una primera regla de esta técnica fue la de devolver materiales históricos ordenados y ajustados según el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base que habían suministrado la información o con quienes se hizo la inserción investigativa, y no según el nivel político de los cuadros que, por lo general, era más adelantado. Por eso los estudios realizados se publicaron primero en lo que se llamó el "Nivel I" de comunicación, que eran de estilo "comics" bien ilustrados y sencillos. Las bases eran las primeras en conocer así los resultados de las investigaciones que emprendíamos. A estos comics se añadieron después materiales audiovisuales, filminas, transparencias, grabaciones, conjuntos musicales y dramáticos propios del pueblo, y películas cortas hechas con gente del pueblo que seguían la técnica que casi simultáneamente desarrollaba Jorge Sanjinés en el Perú y Bolivia. Después se publicaban los mismos textos a un nivel más complejo y completo para los cuadros (Nivel 2); y, por último, los mismos temas tratados a nivel descriptivo y teórico más general, tomando en cuenta contextos nacionales y regionales, para los intelectuales comprometidos (Nivel 3).

2. *Simplicidad de comunicación.* La segunda regla exigió expresar los resultados de los estudios en lenguaje accesible para todos, descartando el dirigirse ante todo a la comunidad tradicional de científicos en su propia terminología complicada y esotérica, o emplean-

do sus esquemas clasificatorios latinescos y simbólicos. Esto exigió un nuevo estilo de presentación de materiales científicos que ha seguido su marcha hasta hoy, y llevó a una cierta liberación político-económica de la producción científica social (Fals Borda, 1979).

3. *Autoinvestigación y control.* La tercera regla se refirió al control de la investigación por los movimientos de base y el estímulo a la autoinvestigación. Ningún intelectual o investigador determinó por sí mismo lo que debería investigar, sino que llegó a definirlo en consulta con las bases populares y sus cuadros (como grupos de referencia), y tomando en cuenta las necesidades y prioridades de la lucha campesina. Así se resolvió no sólo el problema del "para quién" de los estudios sino el de la inserción misma del científico dentro del proceso social y su justificación personal en el medio donde le tocaba actuar. Para el efecto se adoptaron técnicas dialógicas y se rompió el esquema simétrico del objeto y sujeto de la investigación (Freire, 1970).

4. *Vulgarización técnica.* La cuarta regla fue la de reconocer la generalidad de las técnicas científicas más simples de investigación, y colocar éstas al servicio de los cuadros campesinos. Así se enseñaron cursos sobre metodología corriente de la investigación a los cuadros más adelantados, para que rompieran su dependencia de los intelectuales y realizaran fácilmente la autoinvestigación.

Sumando la aplicación de estas cuatro reglas, examinando los materiales acumulados y evaluando la marcha de la lucha campesina desde entonces en Colombia, puede concluirse que el conocimiento de la realidad se enriqueció bastante con la devolución sistemática. Se llegó, por ejemplo, a desplazar héroes culturales burgueses por otros propios de la lucha. El campesinado logró equilibrar un poco la alienación en que vivía como parte de su tradición, y mantuvo vivo un movimiento que, a pesar de la represión, puso en jaque al gobierno colombiano en un momento dado. Pudo así verse cómo el sentido común de las gentes campesinas fue adquiriendo nuevas aristas mediante la educación política, para asumir una voz propia e irse convirtiendo en "buen sentido". Empezaba a nacer una nueva tradición a un nivel más alto de conocimiento, práctica e impulso vital.

Metodología 4: Reflujo a intelectuales orgánicos

Por supuesto, no todo el proceso pedagógico político se redujo a recuperar críticamente la historia y devolverla sistemáticamente a las bases campesinas. También se realizó un reflujo dialéctico o "feedback" de las bases hacia los intelectuales comprometidos. Esto fue parte importante del proceso total de búsqueda e identificación de la ciencia del pueblo.

Una consecuencia y condición de este reflujo dialéctico fue la necesidad de diferenciar papeles (roles) en el terreno, en tal forma que el científico o investigador no tuviera que recurrir a camuflarse de campesino u obrero, sino que fuera reconocido y respetado por las bases y sus organizaciones políticas y gremiales como quien era. Al advertir la inevitable división del trabajo científico que ha impuesto la acumulación del conocimiento (ya que no todos pueden hacer todas las tareas con la misma eficiencia), se veía la posibilidad de desarrollar en la práctica el concepto del "intelectual orgánico" propuesto también por Gramsci. Estudiemos un poco este importante asunto.

Los intelectuales comprometidos con la lucha popular en Colombia habíamos intentado formar grupos de referencia *ad hoc* conformados por los campesinos, obreros e indígenas de mayor preparación que estuvieran involucrados en sus tareas agitacionales, con el fin de desplazar a los grupos de referencia constituidos por académicos y profesores universitarios (la élite dominante) (Fals Borda, 1978: 233). Estos grupos *ad hoc* no alcanzaron a responder totalmente a la discusión científica misma, sino que contribuyeron más a los aspectos prácticos y políticos del trabajo en el terreno. La discusión científica de cierto nivel sobre lo que veníamos haciendo hubo de seguirse realizando entre personas preparadas, en una minoría más o menos seleccionada por el conocimiento y la experiencia. A este nivel se hacía la articulación entre lo específico regional y lo teórico general o nacional, para producir una visión totalizante e integrada del conocimiento adquirido.

Pero esta discusión de minorías ya venía enriquecida por la práctica en el terreno, por el contacto con las gentes de base y sus problemas concretos y por las opiniones y conceptos de los cuadros cam-

pesinos del grupo *ad hoc* de referencia. Hubo un aporte intelectual crítico de parte de estos cuadros que se expresó en exigencias tales como claridad y precisión en la exposición de la teoría; observaciones a la aplicabilidad de la teoría en el contexto inmediato; descripciones fieles y vívidas de procesos sociales; explicaciones de estrategia y táctica en la lucha campesina; información profunda sobre motivaciones de conducta individual y colectiva no visibles para personas extrañas al medio; elementos de cultura rural como la herbolología y los mitos; términos empleados en la agricultura, la pesca y la caza; y principios técnicos en el manejo de utensilios y herramientas rústicas.

Todo esto era información valiosa de primera mano, de un "know how" que enriqueció los análisis subsecuentes realizados a nivel científico más general por el grupo de intelectuales. Se tuvo así la convicción de que el folklore del pueblo campesino, su conocimiento empírico, vital y práctico, encontraba un nicho en el curso del desarrollo de la ciencia como proceso totalizador y constante, y que su voz antes silenciosa adquiriría nueva resonancia. Los agentes de este proceso dialéctico fueron intelectuales orgánicos. Pudo haber sido la misma sensación que en su tiempo tuvieron Kant y Galileo cuando bebieron de fuentes populares, o la de quienes diseñaron tantos inventos mecánicos contemporáneos con base en la experiencia rústica, como se dijo atrás.

Metodología 5: Ritmo reflexión-acción

Ya se explicó que una de las responsabilidades principales de los investigadores (intelectuales orgánicos) en Colombia fue la de articular el conocimiento concreto al general, la región a la nación, la formación social al modo de producción y viceversa, la observación a la teoría y, de vuelta, la de ver en el terreno la aplicación específica de principios, consignas y tareas. Para que esta articulación fuera eficaz, hubo de adoptarse un determinado ritmo en el trabajo que iba de la acción a la reflexión y de la reflexión a la acción en un nuevo nivel de práctica.

El conocimiento avanzaba entonces como en una espiral continua en que se procedía de lo más sencillo a lo más complejo, de lo cono-

cido a lo desconocido, todo en contacto permanente con las bases. De éstas se recibían los datos; se actuaba con ellas; se digería la información en un primer nivel; y se reflexionaba a un nivel más general. Luego se devolvían los datos de manera más madura y ordenada; se estudiaban los efectos de esta devolución; y así indefinidamente, aunque dentro de plazos prudenciales determinados por la lucha misma y sus necesidades.

Metodología 6: Ciencia modesta y técnica dialógica

Las condiciones mínimas para el desarrollo de este ritmo y del reflujo cultural de las bases hacia la minoría científica orgánica pueden reducirse a dos ideas:

1. La de que la ciencia puede avanzar hasta en las situaciones más modestas y primitivas y que, en efecto, en las condiciones populares encontradas la modestia en el manejo del aparato científico y en la concepción técnica (especialmente descarte de instrumentos sofisticados y uso de elementos locales, económicos y prácticos) es casi la única manera de realizar los trabajos necesarios, lo cual no quiere decir que, por modesta, esta ciencia sea de segunda clase, o carezca de ambiciones.

2. La de que el investigador debe a) descartar la arrogancia del letrado o del doctor, aprender a escuchar discursos concebidos en otras sintaxis culturales, y asumir la humildad de quien realmente desea aprender y descubrir; b) romper las relaciones asimétricas que se imponen generalmente entre entrevistador y entrevistados para explotar unilateralmente el conocimiento de éstos; y c) incorporar a las gentes de base, como sujetos activos, pensantes y actuantes, en su propia investigación.

Ciencia modesta y técnica dialógica o participante se constituyen así en referencias casi obligatorias para todo esfuerzo que busque estimular la ciencia popular o aprender del saber y cultura del pueblo para multiplicarlo a nivel más general, como hemos pretendido hacerlo quienes comulgamos con el método de investigación-acción y con el apoyo de las ciencias emergentes y subversivas.

En la idea de "pueblo" que he venido usando he incluido, para simplificar, un conjunto de personas que en realidad son más heterogéneas de lo que el concepto indica. Sólo he destacado, como ingredientes básicos para estudiar lo que es la ciencia y la cultura popular, el componente proletario y la antigua relación folklórica con la naturaleza. Esta relación corresponde evidentemente a sistemas precapitalistas, y se deriva de la actividad productiva como forma original de la praxis, aquella que regula el intercambio material de la especie humana con su medio ambiente rural. Los ingredientes mencionados no son sino elementos iniciales de análisis, aunque dejen una impronta permanente que no puede ignorarse en el asunto que nos ocupa.

El problema es más complejo, y esto lo podemos ver en los desarrollos del presente siglo, cuando se realizaron las primeras revoluciones socialistas y ocurrió, casi simultáneamente, un vigoroso ascenso en el control instrumental del hombre sobre elementos naturales, gracias al avance científico-educativo y a la expansión del modo de producción capitalista e industrial a nivel mundial. Esto afectó las posibilidades de desarrollo de la ciencia del pueblo o folklore como se ha conocido tradicionalmente, y abrió compuertas que pueden llevar a su eventual desaparición.

El Proletkult

La Revolución Rusa tiene mucho que enseñarnos a este respecto, ya que, en sus comienzos, hizo un importante intento de construir por la base una cultura proletaria de índole científica, llamada "Proletkult" que fuera congruente con los fines revolucionarios (Bettelheim, 1977: 475, 528). Encabezadas por intelectuales comprometidos, estas campañas político-literarias se iniciaron poco después de la revolución de febrero de 1917 y duraron hasta 1922, cuando recibieron el rechazo final de Lenin y de Trotsky (Deutscher, 1968: 64).

La tónica principal del trabajo del Proletkult fue la arrogancia contrarrevolucionaria de sus prosélitos. Tomando al pie de la letra

la negativa y limitada impresión de Marx sobre el papel del campesinado en la revolución francesa, estos intelectuales rusos consideraron a los rústicos de su país como sacos de patatas.

El médico e ideólogo Alejandro Bogdanov, el primer impulsor del movimiento, sufría de un marxismo superficial que le llevó a sostener tesis incongruentes con la teoría vigente del partido, como la de que el desarrollo de la ciencia proletaria de clase reposaba ante todo en la práctica de la producción y no en la lucha de clases. Sus seguidores creían que los sabios, artistas, ingenieros, etc. de origen obrero producirían una cultura especial diferente de la burguesa, y ese origen, según ellos debía conferirles una esencia indescartable. A los sabios del Proletkult se les consideraba como "ingenieros sociales" cuya tarea era tratar a las masas inferiores como si fuesen un material de cera al que había que moldear desde arriba y desde fuera.

Claro que todo ello llevaba a agudizar la diferencia entre trabajo manual e intelectual, y así lo hizo ver Lenin cuando habló críticamente sobre la "ficción de los orígenes" (Bettelheim, 1977: 528-530). Con razón los más altos dirigentes bolcheviques hubieron de frenar este desorientado movimiento que, desgraciadamente, todavía tiene sus metástasis en otros países.

La intelligentsia rural

El Proletkult pasó a mejor vida. Pero la coyuntura específica de la Revolución Rusa a partir de la muerte de Lenin, el exilio de Trotsky y el advenimiento del stalinismo, especialmente hacia 1928, hizo que la política oficial hacia el campesinado ruso no fuera muy distinta, en sus efectos, de aquella sugerida por el Proletkult. El Estado soviético y el partido comunista habían determinado crear la cultura y la ciencia proletarias como bases ideológicas y políticas para proceder a la industrialización necesaria. Se privilegió así al proletariado urbano, y se castigó al campesinado con el peso de la nueva planificación.

El campesinado ruso, que no había sido unánime en el apoyo a la revolución —con altibajos producidos por la influencia de kulaks

y mujiks— se constituyó en el pararrayo natural de la desconfianza oficial. Por consiguiente, Stalin resolvió imponerles la "civilización proletaria" desde arriba —y desde las urbes—, con el empleo de cuadros obreros y urbanos del partido, y con institutores y especialistas agrarios (la llamada "intelligentsia rural avanzada"). Ni siquiera se reclutaron cuadros campesinos para esa tarea. La desconfianza llegó hasta ordenar que los tractores y las máquinas que se llevaran a los nuevos kolkhozes no fueran manejadas por campesinos, sino por obreros.

Toda esta campaña desde arriba y desde afuera llevó al tremendo genocidio rural de todos conocido, y a la destrucción cultural del campo ruso, algo que dejó minúsculas las crueles gestas autocráticas de Pedro el Grande. Naturalmente, al destruirse en forma tan masiva la base tradicional del campo ruso, se perdió también buena parte de la cultura popular o folklórica y se relegó a segundo plano la tradición científica del pueblo común soviético. Pero se crearon nuevas bases humanas, sociales, culturales y tecnológicas que han servido para reconstruir la sociedad rural en la Unión Soviética, y ésta creó otro sentido común y otra tradición más moderna y avanzada que la descrita por Tolstoi.

Ahora bien, ¿será éste ya el "buen sentido" que esperaba Gramsci? ¿Valía la pena pagar el alto costo social y humano de esa hecatombe para llegar al inmenso desarrollo actual de la Unión Soviética? ¿Se construyó en verdad una ciencia proletaria hegemónica? Una cosa es cierta: en el esfuerzo se perdieron muchos valores de la cultura y ciencia campesinas que podían haber sido congruentes con la revolución y que la habrían enriquecido de seguir su marcha, como ocurrió en los casos chino y vietnamita. Algunos de esos valores que sobreviven, como en la música y el arte, y en las artesanías, ayudan a darle sabor e identidad hasta al mismo Estado soviético; otros, como las creencias religiosas, continúan con cierta fuerza.

De todos modos, aquí vemos el caso patético de un pueblo revolucionario que decidió descartar masivamente la tradición campesina, con su ciencia y todo, con el fin de construir un proletariado técnico e industrial que tuviera una ciencia propia y una cultura congruente con los fines de la revolución. Pero no es una ciencia nue-

va la que se produjo allí, y en eso se equivocaron los intelectuales del Proletkult y sus sucesores. Es la acumulación, difusión y perfeccionamiento de técnicas y conocimientos anteriores originados entre capitalistas y burgueses rusos y extranjeros, que han pasado al control político y económico de su clase antagónica. Hubo un cierto tipo de popularización del conocimiento científico, cultural y técnico contemporáneo que, si se quiere, puede verse como una "ciencia del proletariado"; pero ésta, como realidad propia, no sería entendible así sino en el contexto soviético.

La Revolución Cultural

En la China Popular, para fines semejantes, se observa un proceso diferente. No hay genocidio y ocurre una mayor participación de las bases campesinas y obreras en la conformación de una nueva cultura y ciencia armónicas con la revolución. El clímax de esta tendencia ocurre, por supuesto, durante la herética Revolución Cultural de 1966 a 1968 (con efectos visibles hasta 1976) de lo cual podemos derivar asimismo importantes enseñanzas.

Muy dicente fue uno de los incidentes iniciales de la Revolución Cultural: el acto de rebeldía con afiches en la Universidad de Pekín porque el rector, un historiador anticuado, entre otras cosas dificultaba que los estudiantes hicieran labores manuales y ejercía discriminación contra alumnos provenientes de familias trabajadoras o campesinas (Wheelwright y McFarlane, 1972: 127). Aquí parece residir el meollo de la cuestión: se trataba de romper el elitismo tradicional que, influenciado por la burguesía china occidentalizada, tenía sus raíces locales en Confucio y sus enseñanzas ancestrales. El elitismo tradicional llevaba a imitar y adoptar lo extranjero, y a respetar y obedecer a las autoridades superiores (padres, ancianos, líderes del partido, gobernantes, funcionarios, emperadores) y a los hombres de ciencia, intelectuales, maestros y letrados de uñas largas y pulidas. Por todo ello, no era una simple revolución generacional la que se iniciaba en 1966. Era una acción ideológica que seguía la clásica línea maoísta "de las masas a las masas", para reorientar valores de antaño, "solidificar el concepto del mundo proletario-comunista para la masa del pueblo", y crear una nueva opinión pública,

o sentido común. Esta opinión pública nueva iría a reforzar los objetivos de la revolución, combatir las tendencias conservadoras de la disciplina partidista, y llevar a una nueva concepción científica y cultural nacional (Blumer, 1972: 186-187).

Por eso sus primeros abanderados y activistas fueron jóvenes y, además, reclutados exclusivamente de las clases trabajadoras: campesinos, obreros, taxistas, hasta pordioseros, a quienes se le impartió el mínimo de orientación contenida en el famoso "Librito Rojo", personas que iban decididas a ser "antes que maestro, el primer alumno de las masas", a "luchar contra el egoísmo" y a "servir al pueblo que es el que hace la historia". Actuarían por fuera de estructuras formales partidistas, en lo que este movimiento fue realmente inusitado.

Se propició así un gigantesco intercambio rural-urbano, con 25 millones de ciudadanos que visitaron el campo y millares de obreros que fueron a escuelas, con lo cual se esperó romper la verticalidad de la dependencia con el Estado y el partido, promover un desarrollo ideológico más auténtico que emergiera de las bases mismas, y, en fin, "modificar la faz intelectual de toda la sociedad".

Transparente fue una de las metas técnico-científicas trazadas por Mao: en efecto, el presidente quería adiestrar a los trabajadores para convertirlos en técnicos (como se hacía ya en el Instituto de Ingeniería Mecánica de Shanghai), y que los estudiantes tuviesen experiencia práctica y regresaran a la producción luego de unos años de estudio. Se reconocían en esta forma las conexiones que la educación tiene con el trabajo productivo, reconocimiento que llevó a modificar los pensums oficiales de enseñanza.

Excesos de la ortodoxia política

Es difícil negar el estímulo que este gigantesco esfuerzo —como el de las comunas populares anteriores— tuvo a nivel de las bases, especialmente en el desarrollo de la medicina popular ("médicos descalzos"), el alfabetismo, la artesanía (conversión del hierro) y la tecnología intermedia en la agricultura, el transporte y otros medios, así como a nivel industrial, pues se registraron innovaciones técnicas ingeniosas y productivas (Wheelwright y McFarlane, 1972: 191, 194, 195). Se estaba en verdad fomentando una "ciencia del pueblo" con-

trolada por éste y sus personeros inmediatos, que tomaba como punto de partida una tradición recuperada y selectiva, sin destruirla totalmente. Era una ciencia modesta y realista que no trabajaba sino dentro de los parámetros históricos de los conocimientos populares. Y así avanzó bastante para el beneficio de éstos, hasta años más recientes.

Pero, como se sabe, ocurrieron excesos de celo producidos por un deseo irracional de imponer la ortodoxia política en niveles incongruentes, tales como el manejo de las fábricas y en la alta tecnología. El antiintelectualismo y el antiburocratismo a ultranza fueron llevando a una crisis anárquica en la producción, de tal magnitud que el gobierno tuvo que echar pie atrás: disminuyó el impulso y fervor juveniles del movimiento, reglamentó mejor los comités políticos que imponían estructuras organizativas contraproducentes, y volvió a llamar a personas y trabajadores de experiencia para que siguieran administrando fábricas, escuelas e institutos. Además, se vio que la consigna de que las masas se educaran a sí mismas no había podido cumplirse al pie de la letra, pues seguían necesitando de asistencia externa, especialmente de la orientación del partido.

Políticamente, Mao triunfó en esta forma sobre elementos conservadores de la sociedad y de su propio partido y aseguró que la Revolución China siguiera por el derrotero que le había marcado hacia el socialismo. Cultural y científicamente, impulsó valores y conocimientos a nivel de base que sirvieron para afirmar la colosal reconstrucción económica de la nación china, una reconstrucción relativamente autónoma que le ha permitido a esa nación ocupar una posición de comando a nivel mundial, y a su pueblo tener un nivel de vida grandemente mejorado.

Hubo aquí mayor respeto que en la Unión Soviética por las bases campesinas. Se rompió parcialmente el monolitismo del partido y de su guardia dogmática. Los cuadros fueron reclutados más equilibradamente desde el punto de vista de sus orígenes. No hubo tanto énfasis en imponer pautas verticales, de arriba hacia abajo. No obstante, se vio la necesidad de seguir diferenciando entre ciencia popular y ciencia avanzada, dejando que ésta continuara siendo provincia especial de la minoría intelectual y técnica que la Revolución

Cultural había intentado reeducar por el trabajo manual y la práctica en el terreno. Por eso se enfatiza hoy allí a la "ciencia y tecnología" como una de las cuatro modernizaciones planteadas como metas a alcanzar para el año 2000. Porque sólo así puede la China mantener su liderazgo a nivel mundial y defenderse de las potencias que la siguen asediando.

IV

EL RETO DEL CONTROL INSTRUMENTAL

La Unión Soviética y la China Popular ofrecen casos dramáticos de cambio social en que se realizaron reformas profundas del alma popular. Otros ejemplos nacionales de este tipo de subversión son también de interés: lo ocurrido en el Japón a la Restauración Meiji y durante la ocupación americana; el efecto de la autogestión obrera y campesina en la sociedad yugoeslava; la Revolución Cubana y el "poder popular"; el impacto del "culto de las cargas" en comunidades primitivas melanesias; la experiencia del Bhoomi Sena y del Movimiento por la ciencia del Pueblo en la India. Quizás en todos ellos se encuentran elementos comunes que ayuden a identificar y comprender el problema de las bases populares y la ciencia y la cultura que tanto nos interesa como fenómeno contemporáneo.

Impacto de la cultura masiva

Un hecho casi incontrovertible es que la ciencia y el saber o cultura popular, por tener sus fundamentos y raíces en sistemas pre-capitalistas, se ha visto amenazada de extinción debido al acelerado desarrollo de la tecnología moderna y del control instrumental del hombre sobre la naturaleza que van unidos al sistema capitalista dominante. Podemos ver esto fácilmente en los países industrializados, cuyos sociólogos empiezan a hacer una distinción más específica entre la cultura folk como aquí lo hemos entendido, y la "cultura masiva popular" (Lewis, 1978: 14-25).

En los países avanzados, según Lewis, la cultura popular tiene aspectos negativos que se refieren a la masificación por los grandes

medios de comunicación (televisión, radio y prensa). Esto lleva a que el común de las gentes sea víctima de empresarios que no piensan sino en el lucro, y así van rebajando el nivel cultural o empobreciendo y anulando el existente o folklórico tradicional. En estas condiciones, la cultura popular de esos países tiene la tendencia a imitar elementos de la llamada "alta cultura" —que puede ser más creadora y particular— rebajando su calidad y desvirtuando el talento, hasta llegar al "gusto abyecto de la mesnada". Además, tiene el peligro de estimular al totalitarismo por fomentar audiencias pasivas que se adaptan primordialmente a la manipulación demagógica, como lo anticipó, mal que bien, Ortega y Gasset. En fin, este tipo de desarrollo instrumental capitalista avanzado produce el mayor índice de alienación popular hasta ahora conocido, pues lleva a lo que Marcuse definió como "hombre unidimensional", y culmina en la contrautopía orwelliana de la granja de animales con el "Big Brother" en todas partes.

Si así ocurre en esos países industrializados, bien puede entenderse lo que pasa cuando de allí se exportan a los países subdesarrollados, no sólo las técnicas alienantes sino los mismos productos terminados, o "envasados". Se registra entonces un fuerte impacto cultural que barre los valores propios, haciendo olvidar aquellos elementos del folklore que constituyen lo que se ha dado en llamar "la esencia de la nacionalidad". Se va borrando así la "filosofía espontánea", el lenguaje, el sistema de creencias y el sentido común tradicional de los habitantes de estos países pobres, para suplantarlos por otros que son xenofílicos e inauténticos. Así se limitan también las posibilidades raizales de producir e inventar en el campo científico y tecnológico.

La región: valores sustanciales y marginales

Lo increíble es que los conocimientos populares de los países pobres, de origen precapitalista, hayan podido resistir tantos impactos instrumentales desde hace tanto tiempo, y que todavía queden elementos útiles para la identificación regional y nacional, con posibilidades de recuperación y creación. Esto lleva a pensar que en el aparataje cultural de las gentes en sus regiones —hasta llegar al

nivel de caserío, barrio y comunidad— existen por lo menos dos clases de valores: los más acendrados y sustanciales, que podrían compararse con el almendrón de una fruta o la savia de un árbol; y los ajustables o marginales que, aunque van intrínsecamente envueltos con los otros, pueden modificarse por distintas causas sin que sufra el aparato cultural total.

La racionalidad propia del aparato cultural popular, su estructura y sabor específicos derivan de los valores sustanciales, y de éstos depende la versión especial que los grupos populares regionales dan a la comunicación y sus niveles, como cuando el intelectual comprometido o el activista se les acerca con mensajes de devolución del conocimiento o para recuperar la historia.

¿Cuáles son, pues, valores sustanciales? Es posible que sean aquellos fundamentados en la especial visión del mundo (Weltanschauung) o filosofía de la vida que caracteriza a los grupos populares regionales más incontaminados, especialmente los que se articulan aún con la praxis original, como los campesinos, y los que han defendido el ancestral contacto con la naturaleza y medio ambiente regional específico. En últimas, éstos son los valores que se arraigan en creencias sobre lo sobrenatural y extracientífico, los mismos por los cuales se han armado guerras en el pasado, con los cuales se crean y destruyen mitos, se fabrican ideologías y movimientos, se conforman utopías. Son los que han hecho del hombre lo que es, los que le han dado a la historia su sentido teológico.

La racionalidad de estos valores sustanciales parecería por lo tanto, irracional, si le aplicáramos los criterios cartesianos sobre la razón, que nos han inculcado en universidades y academias, sobre los cuales se ha construido la idea contemporánea dominante de ciencia. Pero se trata de una contextura racional diferente que tiene su propio lenguaje expresivo y su propia sintaxis. Para entender y llegar a los valores de este tipo racional popular es necesario sobreponerse a las barreras cognoscitivas dominantes y asumir actitudes vivenciales que sean tan extracientíficas como las de los grupos populares. Y, si se puede, lograr el dominio simultáneo de dos o más lenguajes científicos o niveles de comunicación diferentes.

Para empezar a adquirir esta vivencia popular y el dominio simultáneo de lenguajes diferentes que ello implica, quedan pocos caminos aparte de destacar estratégicamente la región y emplear las técnicas ya sugeridas cuando nos referimos a la investigación-acción, esto es, el empleo subversivo y crítico de la ciencia modesta y técnicas participantes.

Papel de minorías orgánicas especializadas

No es necesario imaginarnos cómo sería la estructura educativa formal en un país donde la llamada ciencia popular fuera hegemónica. Ya vimos lo ocurrido en dos casos históricos en los cuales se puede aducir que políticamente, el proletariado advino al poder. Las diferencias con los sistemas formales científicos del pasado fueron mínimas. Sólo resultó necesario mantener el control de la estructura del Estado para que los nuevos esfuerzos educativos y científicos fueran congruentes con los intereses de las clases trabajadoras, y estimular tecnologías intermedias. Aun así, hubo necesidad de reconocer la continuidad del conocimiento y el papel de minorías orgánicas especializadas, para mantener el ritmo de la producción y elevar el nivel de vida de las poblaciones.

El hecho de que deba haber minorías para sostener este esfuerzo científico no significa que toda la estructura institucional se conciba casi exclusivamente para formarlas y sobreeducarlas, como ocurre ahora. Hemos dicho que los principales retos en este campo provienen del intercambio teórico-práctico directo con las bases regionales explotadas por el capital. Derivan de una ciencia crítica e integrada, modesta y realista. No provienen del diálogo cerrado dentro de una élite de científicos sofisticados con orejeras profesionales, que puedan llegar a determinar el sexo de los ángeles. La potencialidad de la investigación-acción reside precisamente en el desplazamiento que promueve de los recintos universitarios al terreno concreto de la realidad. Este tipo de investigación rompe los esquemas clásicos de la academia al desconocer las diferencias entre sujeto y objeto de estudio. Lleva a que los letrados descendan de las torres de marfil y queden sujetos al juicio de idoneidad que imparten

las comunidades en que viven y trabajan, y no dependen necesariamente del de los decanos y rectores.

Recordemos que en esa forma funcionaban en el siglo XIV las primeras universidades en París y en Uppsala, con grupos pequeños de maestros y estudiantes dispersos en casas particulares, fuera de los conventos que monopolizaban el conocimiento, en talleres artesanales, en plazas y vecindarios donde se aprendía de la vida y se orientaba la enseñanza y la investigación a los problemas cotidianos de la comunidad. No había doctorados entonces, ni diplomas. Se sentía la urgencia práctica del saber, y esta vivencia se compartía a nivel de base en formas simples, toleradas al menos por una buena parte del sistema social y político de entonces. Pero había personas más sabias y enteradas, de genio y chispa, que fueron guiando ese desarrollo, con su propia versión de la vivencia y del compromiso social.

La universidad en diáspora

¿Valdrá la pena de pensar en nuevos tipos de talleres populares contemporáneos, dispersos en ciudades y en el campo, por fábricas y fincas, cada uno con su problemática especial, que formen técnicos y prácticos instrumentales de nivel intermedio, pero orgánicos con las clases trabajadoras? ¿Podremos concebir una universidad en diáspora que se juzgue según sus efectos sociales de conjunto y no por sus facilidades físicas? ¿Podremos articular, en esta forma y de manera permanente, el conocimiento teórico con la praxis?

¡Cuántas ventajas no tendría un plan educativo de este tipo! Desaparecerían las falsas divisiones creadas entre las ciencias (los conocidos departamentos profesionales, las academias, y las especializaciones) y se fomentarían verdaderas actividades interdisciplinarias. Sabido es que los principales problemas contemporáneos, como los de la pobreza, el hambre, la violencia institucional y general, exigen niveles complejos de análisis que desbordan las especialidades. Aparecerían entonces nuevos campos de acción científica y técnica vinculados directamente a necesidades comunitarias urgentes y no que sigan beneficiando a la burguesía enriquecida que viene arrasándolo todo. Y habría organizaciones, orientaciones y acciones mucho más

democráticas, participantes y pluralistas que terminarían con la dictadura de organismos dogmáticos y con Estados fascistas que quieren levantar cabeza, especialmente en el hemisferio americano.

Se vería más claro lo que es un verdadero pueblo con su propia ciencia ejercitada como herramienta vital, para la defensa de su identidad, de sus intereses, y de los valores sustanciales que lo animan, una ciencia levantada ya a la altura del saber.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Bettelheim, Charles. *Les luttes de classes en URSS*. Seuil/Maspero, Paris, 1977.
- Blumer, Giovanni. *La Revolución Cultural China*. Ediciones Península, Barcelona, 1972.
- Deutscher, Isaac. *Trotsky, el profeta desarmado*. Ediciones Era, México, 1968.
- Fals Borda, Orlando. "Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla". En *Simposio Internacional de Cartagena*, vol. I, págs. 209-249, 1978.
- Fals Borda, Orlando. *Mompox y Loba: Historia doble de la Costa*, vol. I. Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1979-1980.
- Feyerabend, P. *Contra el método*. Ediciones Península, Barcelona, 1974.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Ediciones Siglo XXI, México, 1970.
- Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Ediciones América Latina, Bogotá, 1970.
- Fundación Rosca. *Causa popular, ciencia popular*. Ediciones Rosca, Bogotá, 1972.
- Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. (De Cuadernos de la cárcel). Ediciones América Latina, Bogotá, 1976.
- Kuhn, T. H. *The Structure of scientific Revolutions*. Macmillan, Chicago, 1970.
- Lewis, George L. "The Sociology of Popular Culture". *Current Sociology*, vol. 26, Nº 3 (Invierno), 1978.
- Mandel, Ernest. *La formation de la pensée économique de Marx*. Maspero, Paris, 1972.
- Mao Tse Tung. *Obras completas*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1968.

- Marx, Karl. *La miseria de la filosofía*. Ediciones Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
- Mills, C. Wright. *De hombres sociales y movimientos políticos*. Siglo XXI Editores, México, 1969.
- Nowotny, Helga y Hilary Rose, eds. *Counter-Movements in the sciences*. D. Reidel Publishing Co., Dordrecht (Holanda), 1979.
- Radin, Paul. *Method and Theory of Ethnology*. McGraw-Hill, New York, 1933.
- Simposio Internacional de Cartagena. *Crítica y política en ciencias sociales*. Editorial Punta de Lanza, Bogotá, 1978 (2 vols.).
- Wheelwright, E. L. y Bruce McFarlane. *Desarrollo y revolución cultural en China*. Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972.